

LOS ACTORES

Lo confieso: un día (en que mis manos ociosas barajaban y barajaban sus propios dedos) arranqué esta pluma del ala de un ángel rebelde distraído. Preparé amorosamente la redoma de tinta, de una tinta olorosa a madrugada, el caldo de cultivo de pequeñas metáforas que gruñen y mastican su poquito de cielo entre los dientes. Lo confieso: ese día arrojé a la existencia mi criatura.

No sé cuántas arrugas empleará mi frente para describir este camino que nos regala entre la cuna y el sepulcro su incidente de tierra. No sé cuántas jornadas azules empleará este adminículo, este dedo de Dios, en relatar la víspera de mi nacimiento, cuando hacía mi primer océano en dulce barquichuela del vientre de mi madre y escuchaba a lo lejos el canto de sirena del oxígeno. Cuando le pisaba ya los talones al sendero, cuando sintió mi madre, entre sus piernas, mi pronombre, cuando iba paso a paso a ponerle sus zapatos de estambre a mi primera inquietud de vagabundo, cuando partí a colonizar todas mis células, en fin, a tener al aire libre, mecidos por el viento, mis testículos.

No sé cuántas hojas de papel o cuántos cestos de basura mi mano necesite para hablar del síncope del ánimo, del rosario postrero de estertores, de la invasión de polvo a los oídos y del día de fiesta en las entrañas de todos los gusanos.

Dramatis Personae: un poeta, edad cincuenta años, investigador completo del completo tiempo. Un camino, edad indeterminada, contemporáneo de la fuente primera en que brotaban a borbotones las leyes naturales. Un torcido cayado, viejo de los días, que no cargaba ya sino la fronda del cansancio. Por último, un medio, un mundo, una juguetería fantástica de cosas que padecen, con el foco de infección del calendario, la peste de lo efímero y la breve explosión de su tronar de dedos.

Alicia de la Guarda va a mi vera. Caminamos tomados de los sueños, platicando de todas las intimidades del geranio, realizando la autopsia de alguna confidencia, buscándole la sien al asco ambiente o dándole a la luz, que guardo tras el puño, su alimento de voltios.

Nos regalamos cosas. Yo las primeras grabaciones del aleteo de un ángel. Un imán de mariposas y sus correspondientes alfileres de rapiña. Ella un lápiz, con una musa acicular en un extremo y un trozo de autocrítica en el otro. También un paraíso y su cerca de púas. Y a la ternura en punto, sus ojos en persona.

Mi equipaje: un morral de deseos encimados, atados torpemente con la cuerda de alguna excitación extemporánea, una vieja mochila, atestada de olvidos, que pide un psicoanálisis; dos sandalias, la verdadera encrucijada de todos los caminos, un instinto de conservación que es el médico de guardia de mi cuerpo, y unas fosas nasales con las que sin cesar absorbo el aire para llevar mi corazón a la intemperie.